

El eco*

Dixon Orlando Moya

A la memoria de Ana, tangible aún.

El eco se perdía entre las calles empedradas de Cartagena de Indias, el galope (tarap tarap tarap) del corcel color azabache se iba con la brisa marina (fuishhhhhh), se silenciaba bajo los estruendos de la tormenta (broooooommm) en aquella noche sin luna. Todo parecía favorecer los planes de Kadir. En su mente, sólo una idea fija, liberar a su amada, quien permanecía prisionera del malvado Gobernador en el Palacio de la Inquisición (Actor Carlos de la Fuente: - Cueste lo que cueste, la dejaré libre de las garras del tirano). Estaba a punto de llegar al Palacio, de pronto...

- De pronto qué, ¿qué paso? –pregunté con insistencia.
- Se fue la luz mijito –respondió mi tía con su habitual tono de tranquilidad, mientras desconectaba la plancha.

Hasta ese momento, nunca había considerado que la luz pudiera irse, marcharse. Siempre era algo que estaba ahí, en todo momento, pero podía alejarse como mi propia tía. Así fue, al día siguiente quien me permitía escuchar aquellas historias fantásticas transmitidas en la radio, simplemente murió, fue algo sin solución de continuidad, sin quejas ni dolores. Creo que fue cuando me convertí en adulto, cuando aprendí que la vida –al igual que la energía eléctrica– se puede ausentar en cualquier momento, cuando dejé de escuchar radionovelas de aventuras.

Ahora, después que han transcurrido muchos apagones y funerales, me pregunto que habrá sucedido con Kadir el Árabe. Todavía escucho el eco. Suspiro. **U**

*Segundo puesto en el Primer Premio Radial de Cuento Breve, Biblioteca Nacional, 2003.